

Almudena Grandes: «Las dictaduras son tan viles que envilecen a sus súbditos»

María Escobedo

El prestigio de Almudena Grandes no ha dejado de multiplicarse desde que publicó su primera novela, *Las edades de Lulú* (1989). Miles de lectores la han seguido por *Te llamaré Viernes* (1991), *Malena es un nombre de tango* (1994), *Atlas de geografía humana* (1998), la absorbente *Los aires difíciles* (2002), *Castillos de cartón* (2004) o *El corazón helado* (2007), otra de sus creaciones mayores; hasta llegar a este 2010 en que aparece *Inés y la alegría* como primer volumen de una ambiciosa serie que dramatizará algunos episodios remotos de la historia de España y que se completará con los tomos *El lector de Julio Verne*. (La guerrilla de Cencerro y el Trienio del Terror, Jaén, Sierra Sur, 1947-1949); *Las tres bodas de Manolita*. (El cura de Porlier, el Patronato de Redención de Penas y el nacimiento de la resistencia clandestina contra el franquismo, Madrid, 1940-1950); *Los pacientes del doctor García*. (El fin de la esperanza y la red de evasión de jerarcas nazis dirigida por Clara Stauffer, Madrid-Buenos Aires, 1945-1954); *La madre de Frankenstein*. (Agonía y muerte de Aurora Rodríguez Carballeira en el apogeo de la España nacionalcatólica, Manicomio de Ciempozuelos, Madrid, 1955-1956) y, finalmente, *Mariano en el Bidasoa*. (Los topos de larga duración, la emigración eco-

nómica interior y los 25 años de paz, Castuera, Badajoz – Eibar, Guipúzcoa, 1939-1964). El subtítulo de *Inés y la alegría*, que como todos los de la colección adelanta y resume el contenido de cada entrega, es «El ejército de la Unión Nacional Española y la invasión del valle de Arán, Pirineo de Lérida, 19-27 de octubre de 1944.»

Curiosamente, *Inés y la alegría*, que como toda su producción aparece en el sello Tusquets, la concibió la escritora madrileña como un guión cinematográfico que sin embargo nunca llegó a encontrar un productor que se arriesgase a llevarla a la gran pantalla, lo cual no deja de ser sorprendente en el caso de esa autora cuyas novelas han dado origen a numerosas películas: *Las edades de Lulú*, de Bigas Luna, en 1990; *Malena es un nombre de tango*, de Gerardo Herrero, en 1995; *Aunque tú no lo sepas*, de Juan Vicente Córdoba, en 2000, que era una adaptación del relato «El vocabulario de los balcones», perteneciente a *Modelos de mujer*; *Los aires difíciles*, de Gerardo Herrero, en 2006; *Atlas de geografía humana*, de Azucena Rodríguez, en 2007; y *Castillos de cartón*, de Salvador García Ruiz, en 2009.

Enfrascada en una vorágine de promoción y pese al poco tiempo que le dejan los viajes, las entrevistas, los artículos que escribe para el diario *El País*, las conferencias y su militancia cívica, que la lleva a protagonizar numerosos actos políticos, siempre en apoyo de formaciones de izquierda, Almudena Grandes ha encontrado un momento para hablar de su nueva aventura editorial con *Cuadernos Hispanoamericanos*.

– ¿El amor y la guerra son los dos extremos a los que puede llegar el ser humano? Todo lo que le pasa a los personajes de la novela, tanto los reales como los inventados parece suceder entre esos dos polos.

– La guerra es el mayor fracaso al que puede llegar una nación, y al mismo tiempo, la peor tragedia que puede afrontar un ser humano. Pero la guerra es también, para un novelista, un tema de

«La guerra es el mayor fracaso al que puede llegar una nación y la peor tragedia para un ser humano»

trabajo privilegiado, porque como ya explicó Hemingway a su maestro Scott Fitzgerald en una célebre carta escrita después de terminar *Por quién doblan las campanas*, en tiempos de guerra se afilan, se intensifican y explotan todos los sentimientos humanos, los mejores y los peores. Este carácter de la guerra se manifiesta radicalmente en las historias de amor, porque cada instante puede ser el último. Los amantes no tienen ninguna garantía de estar vivos al día siguiente, y por eso el amor en guerra es mucho más feroz, más generoso y radical que ningún otro. *Inés y la alegría* tiene mucho que ver con esto, porque es, básicamente, una historia de amor en guerra.

– *¿No tuviste miedo de debilitar el mito de Dolores Ibárruri al hacerla tan humana y revelar su historia de amor con Francisco Antón?*

– Le di muchas vueltas a ese tema, y llegué a preguntarme si tenía derecho a contar una historia cuyos protagonistas se habían esforzado por mantener en la clandestinidad durante tantos años. Al final, me decidí a contarlo por tres razones. La primera es que esa historia de amor, en la medida en que origina la marcha de Antón de Francia a la URSS en 1940, es un factor desencadenante esencial de la invasión de Arán. La segunda es que, si yo la omitía, alguien iba a contarla antes o después. Tras décadas de desinterés por la historia contemporánea de España, ahora hemos llegado a un momento en el que se cuentan todas las historias, y la del amor de Dolores puede contarse de muchas maneras, algunas infames. Y la tercera razón, es que yo creo que la favorece. Es cierto que mi novela puede desmitificar a Dolores, pero lo que destruye es un pedestal polvoriento y fosilizado, antiquísimo, para remitificarla después como una mujer valiente también en lo personal, tan humana como para enamorarse desesperadamente, y modernísima. Yo creo que el amor siempre es revolucionario, y que la pasión por Antón le sienta muy bien a Pasionaria.

– *¿Crees que son tan importantes las emociones privadas a la hora de tener en cuenta cómo se escribe la historia? En la novela,*

«Los amantes no tienen ninguna garantía de estar vivos al día siguiente, por eso el amor en guerra es más feroz, generoso y radical»

si la Pasionaria no se hubiese enamorado nada habría sido igual, el PC en el interior no habría caído en manos de Carmen de Pedro, ni ésta en manos de Monzón, y entonces la invasión del Valle de Arán no se hubiera producido.

– No lo creo, estoy absolutamente convencida de que es así. Los grandes líderes mundiales son seres humanos tan pequeños como los demás, y están sometidos a las tensiones del amor y del odio, de la inseguridad, de la envidia y de sus propios complejos. Inevitablemente, las decisiones que toman están inspiradas por sus sentimientos personales, por más que no suela quedar rastro de ellos en los archivos o en los documentos oficiales. Pero Tolstoi ya decía, en *Guerra y paz*, que las grandes batallas pueden decidirse por cosas muy pequeñas. Un general resfriado o que acaba de descubrir que su mujer le es infiel, no acomete una ofensiva en las mismas condiciones que otro sano y bien casado.

– *¿Una de las grandes tragedias de la Guerra Civil fue la de las familias rotas por causas ideológicas, como la de Inés?*

– Yo creo que la guerra civil fue la gran e incomparable tragedia de España. No es fácil escoger entre sus consecuencias, porque las rupturas y los dramas se multiplicaron en todas las direcciones y en prácticamente todas las familias españolas. Inés rompe con su familia, afronta las consecuencias de esa ruptura, pero conserva la vida. En muchos otros casos, la muerte puso un final abrupto y definitivo a tensiones como la que ella provocó al abrazar el bando contrario a los intereses de su familia.

– *¿Un comunista y un católico de aquellos años se parecen en que ambos idealizaron a sus vírgenes o a sus ídolos, como la Pasionaria? Cuando el personaje de Adela va a ver a Inés, miente diciendo que va a Lourdes, pero va a Toulouse, y allí se le aparece... Dolores Ibárruri.*

– Yo no diría tanto, pero sí es cierto que la sociedad española de entonces se caracterizaba por el fervor ideológico de sus habitantes, religiosos o no. También es verdad que eso fue posible por-

«Los grandes líderes mundiales son seres humanos tan pequeños como los demás, sometidos a las tensiones del amor y del odio»

que los españoles de la generación de la República tenían una conciencia política incomparablemente más madura y compleja que la que tenemos ahora, no porque nosotros seamos más listos o más descreídos. Sin embargo, Dolores, aun siendo un icono del proletariado mundial, elevado como tal a los altares de la divinización personal, basaba su prestigio en sus orígenes de mujer del pueblo, a la que le gustaba pisar la calle y hablar con sus camaradas. Ese rasgo la asemeja más, diría yo, a la entronización de José Antonio Primo de Rivera, «el gran ausente» de la España franquista.

– *¿Por qué nunca había oído casi nadie hablar de lo que ocurrió en el Valle de Arán? ¿Contarlo ahora es explicar hasta qué punto fue eficiente la censura franquista y funcionó su sistema propagandístico?*

– En realidad, a ninguno de los poderes que intervinieron en la solución de aquella crisis les interesó nunca que se hablara de Arán. Aunque parezca mentira, poderes tan antagónicos como el estado franquista y la dirección del PCE, las potencias democráticas y Stalin, coincidieron en la estrategia de ocultar la invasión. Para Franco, fue un episodio muy humillante, y además, que un ejército enemigo hubiera cruzado la frontera en plena posguerra porque le había dado la gana, ponía de manifiesto una de las deficiencias estructurales del Régimen, que consiguió tener a los españoles en un puño, pero nunca controló los Pirineos, que fueron durante cuarenta años como la verja de un jardín que los clandestinos de cualquier pelaje, no sólo político, atravesaron en cualquier dirección a su placer. Para la dirección del PCE, Arán fue también un problema, porque no representaba sólo un ataque a Franco, sino también un asalto al poder en el seno del Partido. Alabarla era lo mismo que alabar a Monzón, y hablar simplemente de ella, les obligaba a responder a preguntas incómodas. Los comunistas españoles exiliados en Francia se habían sentido abandonados por sus dirigentes, y nunca les resultó fácil perdonarles que se marcharan a Moscú o a Sudamérica dejándoles en campos

«Dolores, aun siendo un icono del proletariado mundial, basaba su prestigio en sus orígenes de mujer del pueblo»

de concentración. Ese factor, que explica la irresistible ascensión de Jesús Monzón en el Partido, explica también por qué no les interesó que se conociera la invasión. Por último, los aliados hicieron un papelón. Sólo unos meses antes, los hombres que entraron en España llevaban su uniforme mientras luchaban para expulsar a los nazis del sur de Francia. Después, Stalin los dejó en la estacada aunque eran antifascistas, y las potencias democráticas hicieron lo mismo mientras seguían luchando contra Hitler. Todos quedaban muy mal, tan mal que lo mejor era que nadie supiera en el otoño de 1944 que todos habían apuntalado en el poder a un dictador militar fascista en España.

– *¿Inés y la alegría es, entre otras cosas, un intento de devolverle a las mujeres el papel en la historia que les robaron los franquistas?*

– Inés representa, en efecto, un modelo de mujer española que surgió y se afianzó durante la República y se perdió después de la guerra. Su trayectoria representa por una parte la tragedia de las mujeres que apenas se habían familiarizado con la libertad, gozando de un estatuto jurídico de los más avanzados del mundo, cuando el franquismo las devolvió al siglo XIX, donde permanecieron durante mucho tiempo. Pero la invasión de Arán, que no salvó a España en la realidad, sí salva a Inés en mi novela. En ese sentido, en el exilio francés, ella pasa a encarnar otro modelo de mujer republicana, trabajadora, tenaz, resistente, capaz de sacar adelante a su familia, de montar un negocio exitoso, de criar a sus hijos en las ausencias de su marido sin perder nunca la fe, la esperanza que, como dicen los versos de Alberti que cito al principio, fue alegría.

– *¿Qué es lo que tanto te fascinó del personaje de Jesús Monzón?*

– A mí, Monzón me parece un personaje fascinante por todas sus costuras. Esa mezcla de aventurero y conspirador, de seductor y dirigente responsable, me pareció cautivadora desde el principio. Lo que más admiro de él es su inteligencia, que a veces se

«Inés representa un modelo de mujer española que surgió y se afianzó durante la República y se perdió después de la guerra»

parece más a la astucia y en otras ocasiones se eleva hasta alturas inusitadas. Intuyo que, en eso, como en su capacidad para convertirse en un hombre de acción cuando era necesario, o su habilidad para explotar su encanto personal, se parece un poco a Negrín, aunque las circunstancias no le dieron la oportunidad de demostrar si esta intuición mía tiene o no alguna base.

– *¿Y de Carmen de Pedro, que siempre tropezaba con la misma piedra pero que con cada tropezón llegaba mucho más lejos de lo que nadie esperaba, tanto a nivel personal como político?*

– Carmen de Pedro es uno de esos personajes, muy interesantes por otro lado, que hacen carrera por casualidad, sólo porque aciertan a estar en el sitio justo en el momento preciso, aunque su oportunidad no sea fruto de su cálculo, sino del puro azar. Por eso se me ocurrió el símil de la hada madrina que ponía a un dirigente en su vida siempre que necesitaba que alguien le sacara las castañas del fuego. Yo la veo como a una mujer aturdida, que se deja llevar pero no sabe muy bien por qué. Siempre necesita depender de alguien, porque no es autosuficiente, y refleja la luz de las personas que tienen cerca, pero no produce ninguna por sí misma.

– *Regalan un recetario con la novela, y la comida es uno de los personajes claves de Inés y la alegría. ¿Es un modo de reivindicar la importancia grande de las cosas pequeñas, o que parecen pequeñas al lado de los grandes acontecimientos históricos?*

– Cuando yo descubrí la invasión de Arán, en las memorias de Manolo Azcárate, la imagen que se formó en mi cabeza fue la de una mujer que iba al encuentro de los guerrilleros, en un caballo cargado con cinco kilos de rosquillas. No sé por qué era así, nunca sé por qué «veo» esas cosas –supongo que si lo supiera, no podría seguir escribiendo– pero el caso es que esa imagen me enseñó dos cosas de Inés cuando no sabía nada de ella. Primero, que era una señorita de buena familia, puesto que sabía montar. Después, que era cocinera, porque sabía hacer rosquillas. Estos dos detalles determinaron en buena medida no sólo el personaje de Inés, sino la propia novela, porque, efectivamente, el punto de vista que

«Admiro en Monzón su inteligencia, que a veces se parece a la astucia y en otras ocasiones se eleva»

elegí para contar esta historia no fue el de los poderosos que tomaban decisiones lejos de Arán, sino el de los hombres que cruzaron la frontera para ocupar el valle, los peones de la operación militar.

– *¿Qué habría pensado tu maestro Galdós de esta novela?*

– Rafael Reig escribió en un artículo que estaba seguro de que a don Benito le habría gustado. A mí me encanta pensar que habría sido así, porque tanto ésta como las otras novelas de mis «Episodios...», pretenden, como la misma palabra indica, adoptar el modelo galdosiano de los *Episodios Nacionales* para contar, en la medida de mis limitaciones, 25 años de la dictadura franquista, entre el 1939 y 1964, por medio de historias de ficción que encajan en el marco de un acontecimiento histórico real, de manera que los personajes auténticos de la Historia con mayúscula, interactúen con los personajes inventados de mi historia de ficción dentro de cada novela. Es un homenaje al proyecto de don Benito, que ya retomó, entre otros, Max Aub al escribir *El laberinto mágico*. Para mí, no existe una tradición mejor y al mismo tiempo, es una forma de gritar ¡viva Galdós!

– *Es curioso que tres mujeres tan distintas como la Pasionaria, Carmen de Pedro e Inés se parezcan tanto en sus debilidades. ¿Es el amor el talón de Aquiles de las mujeres, incluso de las más fuertes?*

– El amor no es un talón de Aquiles, sino algo mucho más poderoso, un puro estado de gracia que no tiene que ver con la debilidad, sino con la suerte. Eso es lo que lo hace tan irresistible, y por eso puede modificar trayectorias, cambiar destinos personales de forma definitiva en muy poco tiempo. No creo que esa condición sea exclusiva de las mujeres, ni que tenga nada que ver con la fortaleza. Cualquier persona, hombre o mujer, gana mucho estando enamorada, y por eso afronta sin demasiada tristeza las pérdidas que esa circunstancia pueda provocar. Creo que la debilidad amorosa femenina es un mito cultural, una convención ori-

«En muchas de mis novelas pretendo adoptar el modelo galdosiano. Para mí no existe una tradición mejor»

ginada por el hecho de que, durante siglos, las mujeres no han tenido acceso alguno a los espacios públicos. En el hogar, que era su único territorio, dependían hasta económicamente del hombre que estuviera a su lado. Al cambiar las condiciones de vida de las mujeres, ha cambiado también su relación con el amor, que ahora es sólo eso, amor, y no una profesión, ni un medio de vida.

– *¿Te gustan los hombres que se muerden la lengua, como Galán?*

– Cuando Luis García Montero se enfada, se muerde la lengua y le da puñetazos al aire, exactamente igual que Galán.

– *¿Crees que un convento es la peor de las cárceles, como piensa Inés?*

– No siempre, no necesariamente, pero en la España de los años 40, seguramente sí, un convento era peor que una cárcel para una presa política republicana. En la cárcel, Inés tiene compañeras, amigas, hasta maneras de resistir. Las presas podían convivir, compartir cosas, pero los conventos eran peores que las cárceles porque imponían la soledad, un aislamiento semejante a vivir en el puesto de mando del ejército enemigo.

– *¿Lo peor de las dictaduras es que le meten el miedo a la libertad a los ciudadanos? El episodio de los presos forzados del Plan de Redención de Penas que al ser liberados lo único que quieren es esconderse, en lugar de luchar, resulta demoledor.*

– Si, yo creo que las dictaduras son regímenes viles, que envilecen a sus súbditos, y ese episodio, que sucedió en la realidad aunque yo lo haya modificado, cambiando el lugar y la fecha en que sucedió, lo demuestra. La corrupción del poder produce ciudadanos corruptos; la crueldad, ciudadanos crueles, y el terror, ciudadanos poseídos por el miedo. Esa fue la historia de España durante, cómo mínimo, las dos primeras décadas y media del franquismo.

– *¿Por qué has decidido hacer toda una serie de novelas y cómo se afronta un trabajo de esas dimensiones? ¿Y si entre tanto se te ocurre una novela que no tenga nada que ver con este proyecto?*

«La corrupción del poder produce ciudadanos corruptos; la crueldad, crueles; el terror, ciudadanos poseídos por el miedo»

—Cuando escribí *El corazón helado* me enganché a la Historia Contemporánea de España. Quiero decir que no leía, ni sigo leyendo, para documentar o buscar historias que escribir, sino simplemente para saber, para comprender. En ese proceso, que dura ya más de ocho años, me fui encontrando con historias fascinantes, que no podía incluir en aquella novela porque, si había decidido contar el exilio, no podía contar la posguerra desde el interior. Tardé mucho tiempo en averiguar para qué «guardaba» yo todas esas historias, pero cuando empezaron a pesarme demasiado, comprendí que tenía que hacer novelas con ellas. Me salieron seis, y después, acordarme de Galdós fue muy fácil, porque nunca jamás se me olvida. Si se me ocurre escribir otra novela, y no resisto la tentación de hacerlo, la escribiré, pero no creo que eso ocurra, porque para mí, estos seis libros son una obra en sí.

Lo serán, sin duda, porque no hace falta más que hablar con Almudena Grandes para darse cuenta de que a su talento se le añaden una claridad de ideas y una voluntad de hierro que han hecho posible su ya larga y creciente carrera literaria y que también propiciarán que este ambicioso proyecto que en su versión completa estará compuesto por cerca de seis mil páginas, salga adelante ©

**«No leía, ni sigo leyendo, para documentar
o buscar historias que escribir, sino
simplemente para saber»**